La señorita Mackenzie

BIBLIOTECA TROLLOPE

La señorita Mackenzie

ANTHONY TROLLOPE

dÉpoca editorial

Título original: *Miss Mackenzie*

Primera edición en dÉpoca*:* Noviembre de 2014

La señorita Mackenzie
© Editorial dÉpoca, 2014
Otura, 4 - 33161 Morcín ASTURIAS
© Traducción: Rosa Sahuquillo Moreno y Susanna González
© Introducción: Sarah Manzano Lobo
© Ilustraciones originales para esta edición: Iván Cuervo Berango

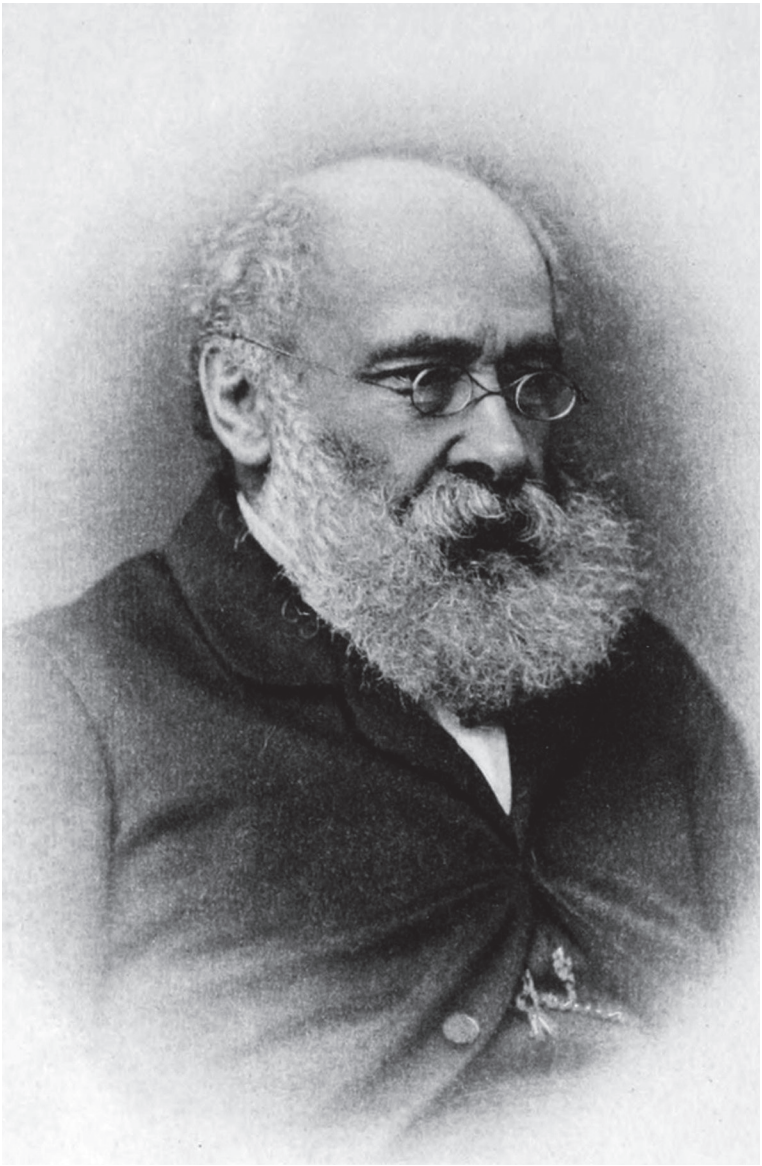
www.depoca.es
info@depoca.es

Dirección editorial: Susanna González y Bernardo García-Rovés
Coordinación editorial: Eva María González Pardo

ISBN: 978-84-938972-7-7
Depósito Legal: AS 3220-2014
BIC: FC

Impresión y encuadernación: Gráficas Summa
Polígono Industrial Silvota
C/ Peña Salón, 45
33192 Llanera - ASTURIAS
Impreso en España

Bajo las sanciones establecidas por las leyes
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los editores, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro,
y la distribución de ejemplares de esta edición
mediante alquiler o préstamo públicos.



I
LA FAMILIA MACKENZIE

Me temo que debo importunar a mi lector con algunos detalles relativos a los primeros años de vida de la señorita Mackenzie —detalles cuyo relato será más bien tedioso, por lo que intentaré alargarlo lo menos posible—. Su padre, que en su juventud había dejado Escocia para vivir en Londres, había dedicado toda su vida al servicio de su país. Se convirtió en empleado de Somerset House*a los dieciséis años y aún era empleado de Somerset House cuando murió, a la edad de sesenta. Será suficiente añadir que su esposa había muerto antes que él y que, al morir, dejó dos hijos y una hija.

Thomas Mackenzie, el mayor de los hijos, se había involucrado en actividades comerciales —como solía decir su esposa al referirse al trabajo de su marido—; o se había convertido en vendedor y poseía una tienda, como decían generalmente las personas de su círculo que expresaban libremente lo que pensaban. La verdad auténtica y sin adornos del asunto la expongo a continuación. Junto a su socio fabricaba y vendía tela encerada y poseía un establecimiento en New Road sobre el que estaban impresos —en grandes letras— los nombres «Rubb y Mackenzie». Como usted, lector, hubiera podido entrar en dicho establecimiento y comprar yarda y media de tela encerada, si tal hubiera sido su deseo, pienso que los amigos de la familia que hablaban sin medias tintas sobre el tema no estaban demasiado distantes de la realidad. La señora Thomas Mackenzie, no obstante, afirmaba que de este modo se la calumniaba a ella, y se injuriaba cruelmente a su marido,

* Se trata de uno de los grandes edificios históricos de Londres. Construido en el siglo XVIII por sir William Chambers, albergaba originalmente oficinas gubernamentales, sociedades científicas y la Oficina Naval.

y basaba sus afirmaciones en el hecho de que «Rubb y Mackenzie» tenían un negocio mayorista que vendía sus artículos a los comercios, que a su vez los revendían. Si eran injuriados o no, dejo a mis lectores decidirlo, tras haberles dado toda la información necesaria para formarse una opinión propia.

Walter Mackenzie, el segundo hijo, se había colocado en la oficina de su padre, y también había fallecido con anterioridad a la época en que —según parece— comienza nuestra historia. Era una pobre criatura enfermiza, siempre con achaques, y estaba dotado de una naturaleza afectuosa y un gran respeto por el linaje de los Mackenzie, pero desprovisto de otras cualidades intrínsecamente propias. La *sangre* de los Mackenzie era, de acuerdo a su manera de pensar, una *sangre* extremadamente pura, y sentía que su hermano había deshonrado a la familia asociándose con el llamado «Rubb», en New Road. Lo había sentido aún más profundamente al ver que «Rubb y Mackenzie» no habían logrado grandes cosas en su actividad comercial. Habían mantenido su asociación a flote, pero hubo momentos en que apenas habían logrado hacer tal cosa. Nunca entraron en quiebra, y eso, tal vez, desde hacía algunos años, era todo lo positivo que podía decirse sobre el negocio. Si un Mackenzie decidía establecerse como comerciante, debería, en cualquier caso, haber conseguido algo mejor que eso. Ciertamente, debería haber obtenido algo mejor, en vista de que había comenzado su vida con una considerable suma de dinero.

El viejo Mackenzie, venido desde Escocia, era primo hermano de sir Walter Mackenzie, baronet, de Incharrow, y se había casado con la hermana de sir John Ball, baronet, de Cedars, Twickenham. Los jóvenes Mackenzie, por tanto, tenían motivos para sentirse orgullosos de su linaje. Es cierto que sir John Ball era el primer baronet de su familia, y que había sido «simplemente» un alcalde políticamente activo en tiempos políticamente agitados; un alcalde comerciante de cuero, es cierto. No obstante, su negocio había sido indudablemente mayorista, y un hombre convertido en baronet se ve limpio

de la «mancha» del comercio incluso a pesar de tratarse del comercio del cuero. Además, el actual baronet Mackenzie era el noveno de este nombre, de modo que por esa rama más alta y noble de la familia, nuestros Mackenzie podían sentirse ciertamente muy «fortalecidos».

Los dos empleados de Somerset House sentían y disfrutaban esta «fortaleza» muy profundamente, por lo que podemos entender que no tuvieran en alta estima la fabricación de tela encerada.

Cuando Tom Mackenzie tenía veinticinco años —más tarde se convertiría en «Rubb y Mackenzie»— y Walter, con veintiuno, se había colocado desde hacía uno o dos años tras un escritorio de Somerset House, murió Jonathan Ball, hermano del baronet Ball, dejando todo lo que tenía en el mundo a los dos hermanos Mackenzie. Aquello en modo alguno era una bagatela, pues cada hermano recibió aproximadamente doce mil libras cuando finiquitaron las demandas interpuestas por la familia Ball. Estas demandas se llevaron a cabo con gran empuje —aunque sin éxito alguno para la rama de los Ball— durante tres años. Al término de esos tres años, sir John Ball, de los Cedars, estaba medio arruinado, y los Mackenzie obtuvieron su dinero. Es innecesario extenderse demasiado para explicarle al lector la forma en que Tom Mackenzie encontró su camino en el comercio; cómo, en primer lugar, trató de retomar la participación del tío Jonathan en el negocio del cuero, estimulado por su deseo de oponerse a su tío John —sir John, que se enfrentaba a él por el asunto de la herencia—, cómo perdió su dinero en este intento, y finalmente invirtió el resto de su fortuna —tras alguna otra infructífera especulación— en su asociación con el señor Rubb.

Todo esto ocurrió hace ya mucho tiempo. Ahora es un hombre de casi cincuenta años que vive con su esposa y su familia —una familia de seis o siete niños— en una casa de Gower Street, sin que la vida le haya tratado demasiado bien.

Tampoco es necesario extenderse mucho en la figura de Walter Mackenzie, que era cuatro años más joven que su her-

mano. Continuó con su trabajo de oficina a pesar de su riqueza, y como nunca se casó, fue un hombre rico. En vida de su padre, cuando aún era muy joven, *brilló* durante un tiempo en el *beau monde* bajo la protección del baronet Mackenzie y de otros que pensaban que un empleado de Somerset House con doce mil libras era una compañía muy estimable. No había brillado, no obstante, de una manera muy destacada. Invitado a recepciones durante uno o dos años, había probado la vida de un joven de ciudad, frecuentando teatros y salas de billar, haciendo algunas cosas que no hubiera debido hacer, y dejando sin hacer otras que debería haber hecho. Pero, como ya he dicho, era tan débil de cuerpo como de mente, y pronto se convirtió en un inválido; y aunque conservó su puesto en Somerset House hasta su muerte, su época de *brillo* en la sociedad de moda llegó a su fin muy rápidamente.

Y finalmente, llegamos a Margaret Mackenzie, la hermana, nuestra heroína, que era ocho años más joven que su hermano Walter y doce años más joven que el socio del señor Rubb. Era poco más que una niña cuando su padre murió; o para ser más exacto, debería decir que a pesar de haber llegado a una edad en la que las niñas se convierten en mujeres, tal cambio aún no se había producido en ella. Tenía por entonces diecinueve años, pero su vida en la casa de su padre había sido muy monótona y aburrida, apenas se había relacionado socialmente, y sabía muy poco de las costumbres del mundo. La familia del baronet Mackenzie no había reparado en ella. No le habían dado demasiada importancia a Walter y sus doce mil libras, y menos se preocuparon por Margaret, que no tenía fortuna alguna. La rama del baronet Ball estaba absolutamente enfrentada con su familia, y, como era costumbre, no recibió apoyo ninguno de su parte. Bien es verdad que en aquellos tiempos no recibió demasiado apoyo de nadie, y tal vez debería decir que no mostró excesivo interés en ese tipo de protección que tan a menudo se presta a las señoritas por parte de sus parientes más ricos. No era hermosa ni inteligente, ni poseía el especial encanto de dulzura y gracia de la juventud que en

algunas jovencitas parece expiar la falta de belleza o inteligencia. A los diecinueve años, casi se podría decir que Margaret Mackenzie era más bien poco agraciada. Tenía el cabello castaño muy encrespado, y no le crecía por igual. Sus pómulos eran ligeramente salientes, a la manera de los Mackenzie, y su figura era delgada y desgarbada, con los huesos demasiado grandes como para otorgarle un atractivo juvenil. Sus ojos grises no estaban desprovistos de cierto brillo, pero era ésta una cualidad que desconocía aún cómo utilizar. En esa época su padre vivía en Camberwell, y dudo que la educación que recibió Margaret en el establecimiento para jóvenes damas de la señorita Green en ese suburbio, pudiera compensarla por las destrezas que la naturaleza le había negado. Además, había dejado la escuela cuando aún era muy joven. A la edad de dieciséis años, su padre —que para entonces era un anciano—, cayó enfermo, y pasó los siguientes tres años cuidando de él. Cuando murió se trasladó a la casa del más joven de sus hermanos, que se había instalado en una de las tranquilas calles que conducen desde *el Strand* hasta el río, con el fin de estar cerca de su oficina; y allí había vivido durante quince años, comiendo su pan y cuidando de él, hasta que murió también, y se encontró sola en el mundo.

Durante estos quince años había vivido hastiada. Una granja amurallada en el campo es pésima para la vida de cualquier *Mariana**, pero en la ciudad es mucho peor aún. Su vida en Londres había sido digna de una granja amurallada y parecía muy aburrida ya antes de la muerte de su hermano. Yo no diría que estuviera a la espera de alguien que no llegó, o que se declarara aburrida, o que deseara morirse. Pero su estilo de vida se le aproximaba tanto como la prosa puede estarlo a la poesía, o la verdad a la novela. Había deseado en alguna ocasión la llegada de alguien que, por circunstancias, pronto dejó

* Personaje de *Measure for Measure* de Shakespeare que se retira a una granja rodeada por un foso cuando Angelo se desdice de su promesa de matrimonio con ella. Aunque la fuente inmediata de Trollope es el poema *Mariana* de Tennyson, basado en la misma historia.

de venir a verla. Había un joven empleado de Somerset House, un caballero llamado Harry Handcock, que visitaba a su hermano al comienzo de su larga enfermedad. Harry Handcock había percibido la belleza de sus ojos grises; los desordenados mechones, desiguales hasta entonces, estaban por esa época más atusados; las gruesas articulaciones, cubiertas, conformaban movimientos más suaves y femeninos; y la ternura de la joven hacia su hermano era muy admirable. Harry Handcock le había hablado una o dos veces —Margaret tenía por entonces veinticinco años y Harry era diez años mayor—; Harry le había hablado, y Margaret le había escuchado gustosamente, pero el enfermo se había mostrado muy enojado e irascible, y como tal cosa no debía efectuarse sin su pleno consentimiento, Harry Handcock dejó de hablarle tiernamente.

Dejó de hablarle con ternura, pero no de visitar la tranquila casa de Arundel Street. En lo que se refiere a Margaret, bien podría haber dejado de hacerlo; y en su corazón, cantó la canción de *Mariana*, lamentando amargamente su hastío, aun cuando el hombre aparecía por la habitación de su hermano regularmente, una vez por semana. Y así continuó durante años. Su hermano se arrastraba hasta su oficina durante el verano, pero nunca salía de la habitación durante los meses de invierno. En aquellos tiempos, estas cosas eran permitidas en las oficinas públicas, y sólo al final de su vida, algunos austeros oficiales reformistas* insinuaron la necesidad de su jubilación. Quizá fue esta insinuación lo que le mató. En cualquier caso, él murió «trabajando», si es que podemos decir que alguna vez lo había hecho. A su muerte, Margaret Mackenzie pensó más en Harry Handcock. Harry aún era soltero y, cuando se conoció la naturaleza de la última voluntad de su amigo, dijo unas palabras para confirmar que aún no se juzgaba demasiado viejo para el matrimonio. Pero el hastío de Margaret ya no podía

* El propio Trollope era un empleado público de la Oficina de Correos, y se oponía a las reformas de 1853 introducidas por sir Charles Trevelyan (1807-86), a quién caricaturizó como sir Gregory Hardlines en *The Three Clerks* (1858).

ser aliviado de este modo. Quizá habría sido posible mientras no tenía nada, o quizá le habría aceptado en aquellos primeros días si la fortuna hubiera llenado de oro su regazo. Pero había visto a Harry Handcock al menos una vez por semana durante los últimos diez años, y no habiendo recibido la menor expresión de amor hacia ella, no estaba preparada ahora para una renovación de tal discurso.

Cuando Walter Mackenzie murió, no hubo lugar a dudas en todo el círculo Mackenzie en cuanto al destino de su dinero. Se sabía que había sido un hombre prudente, y que poseía la titularidad absoluta de unas propiedades que le generaban al menos seiscientas libras al año. Y más allá de esto, también era sabido que tenía dinero ahorrado. Además, se sabía así mismo, que Margaret no tenía nada, o casi nada, de su propiedad. El viejo Mackenzie no había heredado fortuna alguna, y se sintió agraviado cuando sus hijos no unieron sus riquezas a su pobre suerte. Esto, claro está, no había sido culpa de Margaret, pero sintió que le justificaba al dejar a su hija como carga para su hijo menor. Durante quince años, Margaret comió de un pan al que no tenía derecho real; pero si una mujer hizo méritos alguna vez para ganarse su sustento, esa fue Margaret Mackenzie con los incansables cuidados prodigados a su hermano.

Ahora se encontraba abandonada a sus propios recursos, y mientras paseaba en silencio por la casa durante las tristes horas que transcurrieron entre la muerte de su hermano y su entierro, ignoraba por completo si le había dejado algún medio de subsistencia. Era sabido que Walter Mackenzie había alterado en más de una ocasión su testamento —había redactado incluso varios documentos—, en función de las variaciones en el grado de amistad que le unía a su hermano en cada momento; pero nunca le había confiado a nadie la naturaleza de esas distintas voluntades. Thomas Mackenzie pensaba en su hermano y su hermana como en un par de pobres criaturas, y éstos, a su vez, no veían en él más que a un pobre miserable. Se había convertido en tendero, como ellos le llamaban, y es justo reconocer que Margaret también compartía el sen-

timiento deshonroso que le inspiraba la profesión de su hermano Tom. Ellos, los habitantes de Arundel Street, eran seres ociosos, imprudentes e inútiles (cosa que Tom le había dicho muchas veces a su esposa) y la amistad entre ellos había sido muy intermitente. Pero la firma «Rubb y Mackenzie» no nadaba en la abundancia en esa época, y Thomas y su esposa se sintieron obligados a aceptar una serie de concesiones debido a las necesidades de supervivencia de sus siete hijos. Walter, sin embargo, no dijo nada sobre su dinero; y cuando su féretro fue seguido a la tumba por su hermano y sus sobrinos, y por Harry Handcock, nadie sabía de qué naturaleza sería la provisión hecha para su hermana.

—Sufrió mucho — dijo Harry Handcock en la única conversación que mantuvo con Margaret después de la muerte de su hermano y antes de la lectura del testamento.

—Así es, pobrecillo —respondió Margaret sentada en la penumbra del salón-comedor, desolada en su nuevo duelo.

—Usted misma, Margaret, ha sufrido mucho apenada por las circunstancias.

La llamaba Margaret desde los tiempos en que su relación había sido más estrecha, y continuaba haciéndolo de este modo.

—He sido bendecida con buena salud —respondió ella— y estoy muy agradecida. No obstante, he llevado una vida bastante monótona durante los últimos diez años.

—Las mujeres llevan generalmente vidas monótonas, creo —y se quedó en silencio durante unos momentos, como si algún pensamiento rondara su mente y quisiera considerarlo antes de hablar de nuevo.

En esa época el señor Handcock era calvo y muy robusto; un hombre saludable y fuerte, pero sin evidencia alguna de las cualidades de un enamorado. Le gustaba comer y beber —nadie lo sabía mejor que Margaret Mackenzie—, y había abandonado por completo las cosas poéticas de la vida, si es que alguna vez le habían interesado. Era, de hecho, diez años mayor que Margaret, pero ahora parecía veinte años mayor que ella.

La señorita Mackenzie, a sus treinta y cinco años, poseía más encantos femeninos que cuando tenía veinte. Él, sin embargo, a sus cuarenta y cinco años, había perdido toda la lozanía que confiere la juventud a un hombre. Aun así, pienso que ella hubiera regresado a su antiguo amor, y se hubiera contentado, si él le hubiera hecho la «pregunta» en ese momento; se habría sentido comprometida por su fe para aceptarlo si le hubiera dicho que ese era su deseo, antes de la lectura del testamento de su hermano. Pero no hizo tal cosa.

—Espero que la haya dejado acomodada —dijo.

—Espero que me haya preservado de la miseria —respondió Margaret. Y eso fue todo.

La señorita Mackenzie, quizá, esperaba algo más de él al recordar que el obstáculo que los había separado había desaparecido para siempre. Pero nada más ocurrió; y no sería justo decir que se sintiera decepcionada, pues Margaret no abrigaba un fuerte deseo de casarse con Harry Handcock —a quien nadie más volvió a llamar Harry—; sin embargo, por consideración a la naturaleza humana, ella suspiró ante su frialdad cuándo él no transmitió sensibilidad alguna más allá de desearle una vida acomodada.

Margaret Mackenzie había llevado, obligada por las circunstancias, una vida muy retirada. No tenía ninguna amiga a quien poder confiar sus pensamientos y emociones; y dudo incluso que nadie supiera de la existencia —en Arundel Street, en la pequeña habitación del fondo—, de varias manos de papel en las que Margaret había escrito sus reflexiones y sentimientos; cientos de poemas que no habían visto más ojos que los suyos, sinceras palabras de amor grabadas en cartas que nunca envió, que nunca había tenido intención de enviar a destino alguno. Las cartas, de hecho, comenzaban sin destinatario y terminaban sin firma alguna; y no sería justo decir que estaban destinadas a Harry Handcock, ni siquiera en el periodo más álgido de su amor. Más bien eran pruebas de su ímpetu, ensayos de lo que sería capaz de hacer si la fortuna le fuera amable y le permitiera amar algún día.

Nadie hubiera imaginado todo esto, nadie habría soñado acusar a Margaret de tener un espíritu romántico; no había conocido a nadie capaz de desentrañar su verdadero carácter. En los últimos días había cenado varias veces en casa de su hermano, en Gower Street, pero la señora Tom había dicho que Margaret no era más que una solterona callada y estúpida; y como una solterona callada y estúpida estaban dispuestos los Mackenzie, de «Rubb y Mackenzie», a considerarla. Pero, ¿cómo debían tratar a la tía, esa solterona estúpida, si resultara de pronto que toda la fortuna de la familia le pertenecía?

Cuando se leyó la última voluntad de Walter, se vio que éste era el caso. No había ninguna duda, ni lugar para la misma, sobre el asunto. El testamento databa de dos meses antes de su muerte y lo legaba todo a Margaret, añadiendo el testador su convicción de que era su deber proceder de tal modo tras los constantes cuidados que le había prodigado su hermana. Así mismo, Harry Handcock fue designado albacea y se le pidió que aceptara un reloj de oro y un presente de doscientas libras.

A lo largo de la lectura del testamento la familia del fallecido no expresó palabra alguna; y Tom, al regresar a casa con el corazón apesadumbrado, le dijo a su esposa que todo era consecuencia de ciertas palabras que ella había pronunciado en la última visita al enfermo.

—Sabía que esto iba a pasar —le dijo Tom a su esposa—. Ya no se puede hacer nada al respecto, por supuesto; pero sabía que no serías capaz de guardar silencio y por eso siempre te decía que no te acercaras a él.

Para el curso de nuestra historia no es necesario que cuente ahora lo que su esposa le respondió. Que lo hizo con bastante atrevimiento, nadie, creo, lo pondrá en duda, pero sí podemos suponer que las cosas en Gower Street no fueron nada agradables aquella noche.

Tom Mackenzie le comunicó entonces el contenido del testamento a su hermana, que había rehusado estar presente en la sala cuando se procedió a la apertura del mismo.

—Te lo ha dejado todo, absolutamente todo —le dijo Tom.

Si Margaret emitió alguna palabra como respuesta, Tom no la oyó.

—Serán más de ochocientas libras al año, y te ha dejado también todos los muebles —continuó Tom.

—Ha sido muy bueno —dijo Margaret, casi sin saber cómo expresarse en tal ocasión.

—Muy bueno para ti —respondió Tom, con un cierto tono sarcástico en la voz.

—Quiero decir bueno para mí —dijo Margaret.

Después le dijo que Harry Handcock había sido nombrado albacea.

—El testamento no dice nada más sobre él, ¿verdad? —preguntó Margaret.

En ese momento, ignorando casi por completo las funciones del cargo de albacea, se imaginó que su hermano, al hacer tal nombramiento, había expresado algún otro deseo referido al señor Handcock. Tom le explicó que el albacea recibiría doscientas libras y un reloj de oro, y tras escuchar tal cosa, se quedó satisfecha.

—Por supuesto, no es una perspectiva agradable para nosotros —dijo Tom—, pero no te culpo por ello.

—Me sentiría ofendida si lo hicieras —respondió Margaret—, porque ni una sola vez durante todos los años que hemos vivido juntos, hablé con Walter una palabra sobre su dinero.

—No te culpo —replicó el hermano. Y la conversación terminó.

Él le había pedido antes del funeral que se fuera a vivir con ellos a Gower Street, pero Margaret había rechazado la propuesta; la señora Tom Mackenzie no la había invitado. Por aquel entonces la señora Tom Mackenzie esperaba —esperaba e interiormente había resuelto—, que su marido heredaría al menos la mitad del dinero de su hermano fallecido; y del mismo modo pensaba que si ella misma se imponía la pre-

sencia de la solterona, ésta podría quedarse más tiempo del deseable.

—Nunca podríamos deshacernos de ella —le había dicho a su hija mayor, Mary Jane.

—Nunca, madre —le había contestado Mary Jane.

Madre e hija habían pensado que sería más seguro no insistir en la invitación; no insistieron, y la solterona se había quedado en Arundel Street.

Después de la lectura del testamento y antes de regresar a su hogar, Tom invitó de nuevo a su hermana a vivir en su casa. Sólo habían pasado una o dos horas desde que Margaret conociera su nueva situación, y se sorprendió de encontrarse tan calmada y segura de sí misma en el tono y el talante de su respuesta.

—No, Tom, creo que es mejor que no acepte. Sarah se sentirá un poco decepcionada…

—No debes preocuparte por eso.

—Creo que es mejor que no. Me alegraré de verla si viene a visitarme, y espero que tú vengas, Tom, pero creo que me quedaré aquí hasta que decida lo que voy a hacer.

Margaret permaneció en Arundel Street durante los tres meses siguientes, y su hermano la visitó con frecuencia, pero la señora Tom Mackenzie nunca fue a verla, y ella nunca fue a ver a la señora Tom Mackenzie.

—Así sea —dijo la señora Mackenzie—; nadie podrá decir que corrí tras ella y su dinero. Odio esos aires.

—Yo también, mamá —afirmó Mary Jane, asintiendo.

—Siempre dije que era una solterona despreciable.

El mismo día de la lectura del testamento, el señor Handcock también se acercó a saludarla.

—No es necesario que le diga cuánto me alegro... por su propio bienestar, Margaret —le dijo estrechándole la mano.

Ella le estrechó la mano a su vez y le dio las gracias por su amistad.

—Sabe que he sido nombrado albacea del testamento —continuó—; seguramente lo hizo así para evitarle las mo-

lestias. No puedo más que prometerle que haré todo…, todo lo que usted pueda desear.

Luego se fue, sin decir nada sobre sus intenciones en esa ocasión.

Dos meses más tarde —dos meses durante los cuales la había visto forzosamente con frecuencia—, el señor Handcock le escribió desde su oficina en Somerset House, renovando su antigua propuesta de matrimonio. Su carta era breve y sensata, y abogaba por su causa con las mejores palabras que podía argumentar en ese momento; pero fue en vano. En referencia a su dinero, le decía que sin duda consideraba que era un importante añadido a sus esperanzas de felicidad en el caso de que unieran sus destinos; en cuanto a su amor hacia ella, le hizo referencia a la época en la que él había deseado hacerla su esposa, aun sin un chelín de su fortuna. Afirmó que él no había cambiado, y que si su corazón era tan constante como el suyo, aceptaría ahora la propuesta que había estado dispuesta a aceptar en el pasado. Ciertamente, tenía unos ingresos inferiores a los suyos; no obstante, eran considerables, y por consiguiente, en cuanto a recursos, vivirían muy confortablemente. Tales fueron sus argumentos, y Margaret, por lo poco que sabía del mundo, percibió que esperaba que tuvieran éxito con ella.

Pero Margaret, por poco que supiera del mundo, no estaba dispuesta a sacrificarse a sí misma y su nueva libertad, su renovada energía, y su nueva fortuna, al señor Harry Handcock. Con una palabra pronunciada al quedar libre de ataduras y antes de convertirse en rica, habría sido suficiente; pero una carta bien redactada, llena de argumentos y dirigida a ella dos meses después de sentir impregnado su espíritu de esta nueva libertad y fortuna, no tenía poder alguno sobre ella. Mirándose al espejo se había dado cuenta de que había mejorado con los años, mientras que los años no habían mejorado a Harry Handcock. Consideró de nuevo sus antiguas aspiraciones —aspiraciones que nunca había pronunciado ni en susurros, pero no por ello eran menos fuertes en su interior—, y se convenció a sí misma

de que no podría satisfacerlas mediante una unión con el señor Handcock. Pensaba, o más bien, esperaba, que la sociedad le abriría aún sus puertas, no solamente la sociedad de los Handcock de Somerset House, sino la sociedad que había leído en las novelas durante el día, y había soñado durante la noche. ¿Acaso no le sería dado ya el poder conocer personas inteligentes, amables y brillantes, personas que no fueran pesadas y gruesas como el señor Handcock, enfermas y cansadas como su pobre hermano Walter, o vulgares y pendencieras como sus parientes de Gower Street?

Se recordó a sí misma que era sobrina de un baronet y sobrina segunda de otro, que tenía ochocientas libras de renta, y la libertad de hacer lo que más deseara; y recordó también que tenía gustos más elevados en el mundo que el señor Harry Handcock. Así pues, le dirigió una respuesta mucho más larga que su carta, en la que le explicaba que el intervalo de más de diez años transcurridos desde que se habían intercambiado algunas palabras de amor había... había... había cambiado la naturaleza de su aprecio por él. Después de muchas vacilaciones, esa fue la frase que utilizó.

Y su decisión fue la correcta. Si estaba condenada a ver sus aspiraciones frustradas, o a ser en parte complacidas y en parte decepcionadas, estas páginas lo narrarán; pero creo que podemos concluir que difícilmente habría sido feliz casándose con Harry Handcock mientras que tales aspiraciones fueran tan fuertes para ella. Por su parte, no veía en tal matrimonio más que un vago recuerdo de los viejos tiempos.

Margaret permaneció tres meses en la casa de Arundel Street, y fue durante este período de tiempo cuando le hizo a su hermano Tom una propuesta que manifiestaba la carga que estaba dispuesta a asumir para ayudar a su familia. ¿Le permitiría hacerse cargo de la educación y el mantenimiento de su segunda hija, Susanna? No se ofrecía para adoptar a su sobrina, dijo, porque era probable que ella misma pudiera casarse, pero prometía hacerse cargo de todos los gastos de la educación de la niña y su mantenimiento hasta que se com-

pletara dicha educación. Si más adelante, la tutela se volviera incompatible con sus propias circunstancias, le daría a Susanna quinientas libras. Este trato tenía cierto aire de seriedad que sorprendió a Tom Mackenzie que, como se ha dicho, se había acostumbrado a pensar en su hermana en los viejos tiempos como en una pobre criatura. Y particularmente seria fue la alusión a la situación futura de Margaret. A Tom no le sorprendió en absoluto que su hermana pensara en casarse, pero sí le asombró muchísimo que se atreviera a declarar abiertamente sus pensamientos.

—Por supuesto, se casará con el primer idiota que pida su mano —dijo la señora Tom.

El padre de familia numerosa, no obstante, declaró que la oferta era demasiado buena para rechazarla.

—Si se casa, mantendrá su promesa en relación a las quinientas libras —dijo.

La señora Tom, aunque a regañadientes, evidentemente terminó cediendo; y cuando Margaret Mackenzie salió de Londres en dirección a Littlebath*, donde había reservado alojamiento, llevaba con ella a su sobrina Susanna.

* Ciudad balneario imaginaria, inspirada en Bath. Littlebath fue mencionada por Trollope por primera vez en *The Bertrams* (1859).